

## NOTA

### LA ENSEÑANZA DEL LATÍN A LOS INDIOS<sup>1</sup>

Por SOFÍA M. CARRIZO RUEDA \*

Las polémicas desatadas durante el siglo XVI acerca de la conveniencia o no de enseñar latín a los indígenas americanos, así como los logros y fracasos que las alimentaron, forman parte de una problemática mucho más amplia. El dominio del latín no importaba por sí mismo, sino porque constituía la herramienta fundamental para acceder a la cultura superior de occidente y, en última instancia, a las órdenes sagradas. Por ello, su conocimiento por parte de los indios implicaba la posibilidad de que recorrieran todo ese camino hasta el final, en un plano de completa equiparación con los europeos.

El trabajo de Osorio Romero viene a aportar una serie de datos sumamente interesantes acerca de estos temas, todavía tan poco investigados. Y si bien se ha limitado al caso de México, plantea una serie de cuestiones que atañen a la conquista y a la colonización en general.

El volumen consta de tres partes: a) un estudio preliminar, b) tres cartas latinas de Pablo Nazareo, el príncipe azteca que llegó a rector del Colegio franciscano de Santa Cruz de Tlatelolco y c) un documento redactado por el teólogo español Alfonso de Castro pero que refleja también el pensamiento de otros como Francisco de Vitoria, Andrés Vega y Luis de Carvajal, que constituye una encendida defensa del derecho de los indígenas a ser instruidos en los misterios más elevados de la teología cristiana. Tanto de las tres cartas como del documento de Alfonso de Castro, se incluyen el original en latín y su versión en castellano.

El estudio preliminar se basa en un nutrido y actualizado material bibliográfico y muchos de sus asertos aparecen fundamentados con citas de numerosos documentos de los que surgen a la luz hechos muy poco difundidos. Los testimonios se pueden distribuir en dos grupos: por una parte, los que se refieren a actividades y a opiniones de los españoles respecto al acceso de los indios a la enseñanza superior y, por otra, los que reflejan actitudes de estos mismos ante tal posibilidad.

Los del primer grupo son de fecha muy temprana. En 1523, Fr. Pedro de Gante, alojado por Ixtlixochitl, abrió en el mismo palacio de su anfitrión un

---

\* Universidad Católica Argentina.

<sup>1</sup> OSORIO ROMERO, IGNACIO, *La enseñanza del latín a los indios*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1990, 60 pp., estudio preliminar 68 pp.

colegio para enseñar doctrina, castellano y gramática latina y en 1525, el contador Albornoz solicitaba un colegio para formar sacerdotes indígenas porque "aprovechará más el que de ellos saliere tal y hará más fruto, que cincuenta de los cristianos para atraer a otros a la Fe". No son éstas, voces aisladas, sino que estaban en consonancia con la preocupación por la educación de los naturales que mostraba la orden franciscana y que se refleja por ejemplo, en esta carta del obispo Zumárraga: "la cosa en que mi pensamiento más se ocupa y mi voluntad más se inclina y pelea con mis pocas fuerzas, es que en esta ciudad y en cada obispado haya un colegio de indios muchachos que aprendan gramática por lo menos". Tal preocupación aparece avalada por la corona, porque una Real Cédula, del 9 de noviembre de 1526, ordenaba que veinte hijos de indios principales fueran enviados a España para que, educados en los mejores monasterios y colegios, regresaran a transmitir a sus comunidades los conocimientos y costumbres adquiridas. Y en otra cédula real, de 1536, dirigida a dicho obispo Zumárraga, autorizando la fundación del Colegio de Santiago Tlatelolco, dice el Rey: "mucho he oído de lo que decís, que yendo a examinar la inteligencia de los niños hijos de los naturales de esa tierra, a quienes enseñan gramática en los monasterios, hallásteis muchos de gran habilidad y viveza de ingenio y memoria aventajada". De más está decir que cuando se hablaba de gramática se entendía que era la latina.

La fundación de colegios ocupa una parte importante del estudio preliminar. San José de los Naturales, Santa Cruz de Tlatelolco, Nombre de Jesús, San Nicolás Obispo, San Miguel son presentados a través de una síntesis de la historia del establecimiento, de las actividades que se llevaron a cabo en cada uno y de referencias a las personalidades que intervinieron en la fundación y en el posterior desarrollo. Este puede resultar deslumbrante como en el caso de Santa Cruz de Tlatelolco en el que no sólo los naturales se perfeccionaban en gramática latina, retórica, religión, filosofía, música y medicina indígena sino que además trabajaban como informantes de los frailes que, como Bernardino de Sahagún, estaban recogiendo todos los testimonios posibles sobre las antiguas culturas mexicanas. Cuanto se ha conservado de ellas lo debemos a este centro de estudio e investigación. Entre la lista de personalidades se distinguen por el empeño puesto en la obra sus fundadores, el obispo Zumárraga, y sus protectores el Virrey Mendoza y el oidor Fuenleal. Este último ya se había destacado en Santo Domingo por el apoyo brindado a un colegio que enseñaba artes, teología y gramática a los indios y negros de la isla.

Un dato muy interesante que brinda Osorio Romero respecto a los colegios, es la composición del alumnado. Cómo se distribuía éste entre la nobleza indígena y los "macehuales" —indios del común—, su proveniencia de distintas provincias y algunas referencias a la instrucción de las mujeres o de grupos familiares.

En un apartado trata también la labor de los "ospitales", centros de convivencia y trabajo inspirados en la *Utopía*, de Tomás Moro, fundados en México, Michoacán y otros sitios menores por el obispo Vasco de Quiroga.

Es de lamentar que respecto a la presencia del indio en la Universidad sólo indique que no estaba excluido, sin mencionar bibliografía o fuentes que puedan aportar datos sobre el tema.

En cuanto al otro grupo de testimonios, el que recoge la recepción que tuvo por parte de los indígenas esta labor, resulta un camino abierto para importantes reflexiones. Los informes que iban a España no se cansaban de alabar su rapidez para aprender y el interés y hasta celo, que ponían en ello aún los más jovencitos. Por otra parte hay hechos palpables como las cartas latinas de Pablo Nazareo, que se incluyen en este mismo volumen y muchos otros ejemplos de los cuales se reproducen fragmentos, como el *Libellus de medicinalibus indorum herbis*, escrito en náhuatl por el médico indio del Colegio de Tlatelolco, Francisco de la Cruz y traducido al latín por el alumno Juan Badiano, indígena de Xochimilco. Es un tratado fundamental para la herbolaria y la medicina precolombinas, pero también para la filología por la elegancia del estilo y por la integración de las denominaciones nahuas en el texto latino, primer paso del mestizaje lingüístico que tendrá su mejor momento en el siglo XVIII.

En medio de tan brillante conjunto de actividades también se hicieron oír las voces discordantes. Eran las de quienes se oponían al acceso del indígena a la enseñanza superior y que también lograron sus éxitos. Así lo demuestran todas las dificultades que tuvo la Compañía de Jesús para fundar colegios destinados a jóvenes indios, que fueran más allá de la enseñanza de la doctrina cristiana y de la lengua castellana. Sin embargo, la orden no se dio por vencida y aun en momentos previos a su expulsión se empeñó en que estudiantes indígenas tuvieran acceso a la lengua latina y a la filosofía.

Respecto a las cartas de Pablo Nazareo, se encuentran manuscritas en el Archivo de Indias y hasta el momento sólo se habían publicado la tercera y algunos fragmentos de las restantes. De modo que otro aspecto meritorio de este trabajo de Osorio Romero es que por primera vez aparecen las tres transcritas en su totalidad, y acompañadas cada una, como ya he dicho, de la versión castellana. Hasta ahora sólo se había traducido la tercera.

Constituyen un importantísimo testimonio del latín que empleaban los indios egresados de Santa Cruz de Tlatelolco. Subraya Osorio Romero que su estilo se aleja del de Cicerón —lo cual contradice el testimonio de algunos cronistas— y hace notar el manejo fluido de la lengua, la abundancia en construcciones hispánicas y en expresiones coloquiales. Pero lo que resulta particularmente atrayente es la cantidad de neologismos de procedencia náhuatl que incorpora Nazareo al latín.

Otro punto de gran interés son las citas de autores clásicos y de la Biblia, que demuestran la cultura de este noble azteca, el cual tradujo del latín al náhuatl casi la totalidad de los textos rituales de la liturgia. El lo especifica en una de sus cartas: "todo lo que durante el transcurso del año se lee en las iglesias del orbe de la tierra, o sea, evangelios, dominicas, santorales, cuaresmales, feriales y epístolas sagradas". Tarea que por supuesto, exigía una gran profundidad de los estudios filológicos y doctrinales por el riesgo de caer en la herejía.

Lo que llama sobremanera la atención es que un autor que ha recopilado y estudiado todos estos datos, afirme de manera rotunda ya en la primera página, que la conquista se apoyó en "una estructura de explotación y de apoderamiento de las vidas y haciendas de los indígenas que trajo aparejadas la destrucción y marginación de los pocos supervivientes". Desde semejante pórtico hasta el final,

el libro desarrolla dos discursos diferentes que no llegan nunca a un punto de convergencia para matizarse el uno al otro. Por una parte una virulenta condena global de la presencia de España en América y por otra, una elogiosa exposición de la labor educativa y de su entusiasta recepción por parte de los naturales. Parecería apuntar a cierta solución de compromiso muy común en los intelectuales de hoy en día: España no, la tarea de la Iglesia, sí. Como si ésta hubiera sido un cuerpo independiente dentro de ese hecho total y complejo que fue la colonización. La gran mayoría de los sacerdotes que vinieron eran españoles. Y para entender su deseo de llevar a cabo una labor civilizadora, que estaba dirigida a todos los hombres sin distinción y que tenía como puntos de partida y de llegada la Evangelización, hay que comprender lo que fue el humanismo español: un enorme movimiento cultural al cual contribuyeron las reformas iniciadas por el cardenal Cisneros y estudios teológicos como los del padre Francisco de Vitoria, las preocupaciones de Nebrija, de Sánchez de las Brozas y de otros destacados gramáticos por el hombre y su lenguaje, y las grandes obras de los artistas del Siglo de Oro que no cesaban de bucear en la condición humana. Sin olvidar la actitud de la Corona, reflejada en el caso que nos ocupa en cédulas reales como las que se citan o en la fecunda actividad de autoridades como el Virrey Mendoza y el oidor Fuenleal.

Por supuesto que todo esto no significa ignorar las miserias de la conquista, inherentes a todos los procesos de esta naturaleza. Pero no es, por cierto, a través de un a priori ideológico como se avanza en el conocimiento histórico. Por otra parte, también hay que tener en cuenta que no todos los hombres de Iglesia actuaron como Fr. Bernardino de Sahagun o Fr. Andrés de Olmo ante ese "otro" que representaba el indígena.

Por lo que toca a la actitud de los indios ante la enseñanza, creo que desmiente todas las teorías indigenistas sobre la invasión de sus conciencias por parte de los sacerdotes cristianos. Hoy sabemos, gracias a la psicología, que quien se siente violentado por una idea que rechaza íntimamente tiene un último mecanismo de defensa que es la dificultad para asimilarla. Esta dificultad tiene la apariencia de un impedimento natural, y aún el propio sujeto termina considerándola así. Pero la facilidad y el entusiasmo de los indígenas no sólo por aprender sino también para colaborar activamente como lo demuestran, por ejemplo, las abundantes traducciones a sus lenguas de textos cristianos, sólo pueden ser hijos de un legítimo interés.

Yo me pregunto si no se puede comparar la conversión de los mexicanos con la de otras naciones como Roma. Si allí los ciudadanos abandonaron voluntariamente el decadente panteón olímpico, creo que no es difícil conjeturar que entre los indígenas fue también literalmente una Buena Nueva, esta religión que los liberaba del sometimiento a las crueldades de la suya.

Las viejas teorías indigenistas han perjudicado con su presión ideológica la investigación científica de los hechos. Por ejemplo, es sabido el esfuerzo que hizo México a partir de la Independencia, por olvidar los tres siglos en los que fue el virreinato de Nueva España. El resultado ha sido que ha ignorado durante mucho tiempo una serie de aspectos de sus culturas indígenas recogidos por los padres misioneros. Aquí tenemos el caso concreto del *Libellus de medicinalibus indorum herbis* que salió a luz en 1940 en Baltimore, con la introducción, la

traducción y las notas en inglés, por obra de una investigadora sajona. La edición mexicana, en español, sólo apareció un cuarto de siglo después gracias a ese estudioso que es Angel María Garibay. Intelectuales como él, como León Portilla o como Octavio Paz están logrando que la negación del período colonial vaya siendo superada. Y no se trata sólo de un hecho mexicano porque, por ejemplo, una reacción similar encabeza en Perú, Vargas Llosa. Ahora hay que esperar que la artificial separación España/Iglesia sea dejada de lado, antes de que comience a tener también consecuencias nefastas para la investigación de nuestras raíces culturales, como las apuntadas.

Pero ante el tratado de medicina y herboristería azteca, lo mismo que ante los cuatro documentos latinos que incluye el libro de Osorio Romero, se impone otra reflexión. Es que la polémica actual acerca de la enseñanza del latín en colegios y universidades cada vez se muestra más inútil. A las razones que tradicionalmente se esgrimen en su defensa hay que agregar otra y es que testimonios fundamentales de nuestro pasado americano están escritos en latín, y mientras no sean estudiados y debatidos con la profundidad que sólo surge del dominio de la lengua, una parte de nuestra historia, incluso precolombina, quedará en la sombra. Por ejemplo, las tres cartas de Pablo Nazareo que se recogen en este volumen demuestran que es indispensable la publicación de documentos de este tipo en ediciones críticas que contemplen problemas filológicos, fuentes clásicas y bíblicas, relaciones si las hay, con la poesía indígena —no olvidemos que los misioneros recogieron para sus sermones algunos fragmentos de ésta, que reforzaban el mensaje evangélico—, datos sobre la historia azteca precolombina y sobre la conquista, y todos aquellos elementos que puedan llevarnos a conocer mejor estos aspectos de la formación de la cultura mestiza de nuestro continente.

Sin lugar a dudas, se trata de un trabajo interdisciplinario. Y también a los cultores de diversas ramas del estudio —latinistas, historiadores, estudiosos de literatura colonial y española del Siglo de Oro— está dedicado este libro sin duda, apasionante y de gran interés científico a pesar de las reservas señaladas por lo que toca al plano ideológico.